

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

SERMÓN

PREDICADO EN LA IGLESIA DE SANTA TERESA DE MÉXICO EL 19 DE JUNIO
DE 1867, DÍA EN QUE FUÉ FUSILADO EN QUERÉTARO EL EMPERADOR
MAXIMILIANO, Y ANTEVÍSERA DE LA RENDICIÓN DE LA CAPITAL
DESPUÉS DE UN SITIO DE DOS MESES Y DIEZ DÍAS.



*Cum audieritis praelia et seditiones no-
lite terreri.*

Quando oyereis guerras y sediciones no
os espantéis.

LUC. XXXI, 9.

BIEN habéis menester de consuelo en medio de las calamidades que os afligen. Son profundas las heridas que hace tiempo hemos recibido; y es indispensable que algún médico caritativo derrame en ellas saludable bálsamo. Yo os felicito, Hermanos míos, porque en vez de recurrir á los mortíferos brebajes que el mundo propina, y que sólo mitigan el dolor adormeciendo el cuerpo, buscáis el remedio en la verdadera fuente de salvación, y venís á apagar vuestra sed de espiritual alegría en los vivíficos manantiales de la sangre de Nuestro Salvador. No os dejaremos, por cier-

to, burlados los dispensadores de los divinos misterios. No podremos, en verdad, satisfacer el hambre corporal que os debilita después de dos meses de estrechísimo cerco; pero el veros congregados en este santo templo me demuestra que no corréis tras el pan material que sirve tan sólo para prolongar algunos días esta vida pasajera, sino que anheláis por alimentaros con el pan de la palabra de Dios. Acercaos sin recelo; que este pan divino lo poseemos en abundancia á todas horas y en todos tiempos los ministros del Altísimo. Acercaos; que de este pan también vive el hombre, y os lo distribuiremos á manos llenas.

Cuando recuerdo que, en ocasión semejante á la que ahora os conturba, no bastaron las elocuentes homilias del Crisóstomo para calmar al sedicioso pueblo de Antioquía; cuando repaso en mi mente las amargas quejas que desde la cátedra de la verdad les dirigiera, y contemplo la indignación del Santo Doctor, al ver que el pagano gobernador de la Ciudad tuvo que arengar en el templo á sus turbulentos, cuanto intimidados, feligreses antes que recobraran su primera tranquilidad; doy gracias al cielo, Hermanos míos, porque al hacer el parangón entre vosotros y los antiguos Antioquenos, os encuentro muy superiores en la paciencia, la resignación y la humildad que deben distinguir al cristiano. Veo con santo placer que la adversidad os ha aleccionado, y que en vez de buscar consuelo, como hace aún pocas semanas, en los espectáculos y placeres del mundo, venís á postraros al pié de los altares, y á pedir al Señor la fortaleza que tanto habéis menester para sacar provecho de los males que os atribulan.

No os negaré, repito, el consuelo por que suspiráis. Estas guerras que nos conturban, esta hambre que ha estenuado nuestros débiles cuerpos, la peste que como consecuencia inevitable nos amenaza, las anunció Jesucristo hace largos siglos; y después de enumerar los horrores de que un día seríamos víctima sus discípulos, nos exhortó á una santa impassibilidad, prohibiéndonos con terminantes palabras ceder al terror que al solo anuncio de tanta calamidad nos asaltaría infaliblemente. *Cum audieritis praelia et seditiones nolite terreri.* ¿Qué mayor consuelo, Hermanos míos, que recordaros estas divinas palabras?

En todas partes gira incesantemente la rueda de la fortuna; en todas épocas y en todos países se pierden, cuando menos se espera, las riquezas, los honores, la salud, la vida. Pero hay tiempos y lugares en que tales vicisitudes se verifican con mayor frecuencia y más estrépito; en que son más violentas las elevaciones y más precipitadas las caídas; en que el que ahora es aclamado feliz y opulento, mañana será despreciado mendigo, y el que sube la primera grada del cadalso, no pierde la esperanza que al pisar la última lo encuentre convertido en trono.

No se os esconde, Hermanos míos, que tal es la época en que vivimos; que tales son los días por que estamos pasando. Lejos de nosotros el furor y el encono; lejos de nosotros el buscar la salvación satisfaciendo viles pasiones. La santa indiferencia á que Jesucristo nos excitara debe ser la norma de nuestra conducta, y sobre ella vengo á hablaros esta mañana. Haceros algunas reflexiones, para que en las desgracias privadas de que to-

dos, más ó menos, somos víctima, conservéis siempre la igualdad de ánimo, la moderación, que en los sucesos prósperos deben mantener aquellos á quienes el Señor bendijere con felicidad temporal; hé aquí el primer punto de mi discurso.

En el segundo, procuraré exhortaros á la misma santa indiferencia en las calamidades públicas que nos han sobrevenido; á recibir con acción de gracias el pan de la tribulación.

¡Espíritu Divino, Espíritu de paz! Derrama en nuestros corazones esa paz que el mundo no da, para que, aunque por fuera rujan las borrascas y las olas amenacen devorarnos, nuestra alma se conserve siempre tranquila, así en la prosperidad como en la desgracia.

¡Virgen fiel! Intercede por nosotros.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

Aun en los tiempos presentes nos admira la austera virtud del pagano filósofo Séneca. Jamás, como nos refiere Cicerón, jamás se le vió ni más alegre ni más triste en los cambios de fortuna, tan grandes y tan numerosos, como tuvo que sufrir durante su vida. Con ánimo igual se mostró en la prosperidad y en la desgracia, y no fué más apacible su rostro en medio de los honores de que se vió en un tiempo colmado, que cuando en el baño á que lo condenara á morir el tirano, miraba correr poco á poco su sangre vital, y sentía que el último instante se acercaba. Admirable es, en verdad, este continuado heroísmo, que no pudo imitar su panegirista Cicerón, cuyos amargos lamentos en el destierro rebajan la veneración que le tenemos. Y sin embargo, en un cristiano esta perfecta igualdad de ánimo, esta total indiferencia, debe formar la norma de su conducta. Fruto fué en aquel sabio pagano de la filosofía que profesaba, y lo ponía sobre el nivel de los demás hombres: en nos-

otros debe ser el fruto de nuestra santa Religión, cuyas doctrinas tan sublimes como sencillas, han de hacer de cada cristiano un héroe, y convertir en hazañas gloriosas las acciones más comunes de la vida.

Tal se verificó en los primeros siglos de la Iglesia. Observemos los hechos de cada uno de los mártires de ambos sexos y de todas edades que dieron su sangre por la Fé, y encontraremos en todos una perfecta igualdad de ánimo, así en los tormentos como en la vida tranquila de que antes gozaran.

Sebastián en la córte de los Emperadores no se manifiesta más sereno que frente á los salvajes pretorianos que se aprestan á asaetearlo; y su robusto pecho no late más fuertemente bajo la coraza en el campo de batalla, que cuando cubierto de sangre y atravesado por mil y mil flechas se ofrece como inocente blanco á los verdugos. Inés en el palacio de sus padres no se conmueve más al ver su mano codiciada por los principales señores de la córte, que cuando expuesta en el vil lupanar la socorre maravillosamente el Divino Esposo, ó cuando después es arrojada en medio de las llamas. El levita Lorenzo distribuye á los pobres lleno de santa alegría los bienes de la Iglesia, y lejos de disminuir crece su gozo é hilaridad, al ver la mitad de su cuerpo asado sobre la candente parrilla. ¡Cuántos patricios de las más ilustres casas excitaban el asombro de sus verdugos, al ver la indiferencia con que se desprendían de sus bienes antes que sacrificar á los ídolos, y condenados á las minas de Cerdeña ó á las obras públicas, se entregaban con tanto gozo á estos penosísimos trabajos, cual si estuviesen gozando de las delicias de sus heredados alcázares!

Nosotros, Señores, profesamos la misma religión que estos fervientes cristianos de los primeros siglos; sus máximas no han cambiado, sus doctrinas permanecen intactas: nuestra conducta, pues, y nuestros sentimientos, deben ser los mismos que los que á ellos convirtieron en héroes. En medio de los cambios de la fortuna, en medio de las vicisitudes de la suerte, si queremos ser siempre felices, si queremos seguir las huellas de nuestro Salvador, si queremos alcanzar el reino de los cielos, fuerza es estar poseídos de una santa indiferencia.

Igualmente preparados debemos hallarnos para que el Señor nos conserve largo tiempo sobre la tierra, y para que su divina mano corte en un instante el hilo apenas formado de nuestros breves días. Si el Señor nos da salud y robustez; si nos dota de un cuerpo gallardo y esbelto que ni el aire mas fétido injuria, ni la intemperie es capaz de dañar, no debe ser mayor nuestro gozo al recibir estos dones del cielo, que si, débiles y enfermizos, la menor brisa nos postra en el lecho del dolor, la más ligera enfermedad se agrava en nosotros, la más insignificante dolencia se torna en agudo y peligroso mal, y nos conduce á cada instante al borde del sepulcro. Si poseedores de inmensas riquezas, la mano de la iniquidad nos las arrebatara de súbito, y nos hunde en la más espantosa miseria, el rostro del mendigo que va á pedir un pan á la puerta del que antes miraba á sus piés ha de mostrarse tan risueño y contento con su suerte, como cuando minutos antes nadaba en placeres y se gozaba en su opulencia. Ni menos preparados debemos estar á los honores y al vilipendio, al poder que á la cár-

cel, al trono que al cadalso: á todo indiferentes, recibámoslo todo con igual placer de la mano suprema que nos da los bienes y los males.

Viejas son las doctrinas que hoy os vengo á poner ante los ojos; sin duda que millares de veces las habéis escuchado; pero no podréis menos que comprender vosotros mismos la necesidad de que *ahora* os las demuestre una vez más, y os excite á la cristiana indiferencia en que los santos colocan toda la base de la vida espiritual.

Difícil es, en verdad, el adquirirla; y por más que el entendimiento se convenza de su necesidad absoluta, la voluntad se rebela contra tamaña exigencia. No es, empero, imposible si, ayudados de la gracia divina, elevamos la mente á la consideración de nuestro último fin y nuestro primer principio.

Todo nos dice que este valle de lágrimas, erizado de espinas y abrojos, no es para nosotros; y nuestra alma inmortal suspira por algo más estable, y nuestro corazón está inquieto, como dice San Agustín, hasta que descansa en el Señor. La celestial Jerusalén es nuestra patria; ella está destinada para ser nuestra perpetua residencia, y jamás estaremos tranquilos hasta que hayamos tomado posesión de ese reino creado para nosotros. Sólo las delicias sin fin de que allí se disfruta podrán satisfacernos; sólo esos goces que ni oído ha escuchado, ni ojo alguno ha visto, podrán llenarnos, y por más que los busquemos en este mundo, jamás será dado encontrarlos. Aquí, tras un instante de felicidad pasajera, vendrán largos años de penas; sólo en el cielo cesará todo llanto, y ya no habrá ni luto ni dolor, sino que Cristo

reinará perpetuamente y con él los coros de los bienaventurados.

Para esta bienandanza nos sacó el Señor de la nada: gozar para siempre en el cielo de la vista de la Divinidad, hé aquí nuestro último fin; amar á Dios y guardar sus mandamientos en esta brevísima vida de prueba, hé aquí el medio único de alcanzar aquel fin. Para facilitarnos su consecución creó la Divina Providencia esa multitud de seres, que subordinó todos al hombre, la creatura más perfecta del universo. Nos dotó de libre albedrío, nos dejó plena libertad para obrar y para usar de las creaturas á nuestro arbitrio; pero su paternal é infinita bondad no quiso por esto abandonarnos, y sí con dureza y suavidad, *fortiter et suaviter*, dirige admirablemente los acontecimientos, para que mejor podamos alcanzar nuestro fin. Ni un cabello de nuestras cabezas cae sin la expresa disposición del Señor, como nos dice la Escritura; y el que cuida de vestir hasta las pequeñas avecillas, ordena todo con sabiduría admirable, para conducirnos á la eterna bienaventuranza.

De aquí dos consecuencias, que mil veces habréis oído, pero que no os hará daño escuchar una vez más de mi labio en estas críticas circunstancias. En todo lo que está sujeto á nuestra elección, no debemos mirar á lo que más nos agrada, á lo que más halague nuestro gusto; hemos de mirar tan sólo á nuestro último fin, y escoger aquello que nos ayude á conseguirlo, desechando sin vacilar lo que retardará su consecución. En lo que está fuera de nuestra elección debemos abandonarnos en manos de la Providencia, y recibir de ella los bienes y los males temporales con igual contento, persuadidos de que